

La legitimidad democrática hoy en día

John Markoff

University of Pittsburgh
Universidad Pablo de Olavide

Resumen: A comienzos del siglo XXI, los ciudadanos de los Estados democráticos son con frecuencia extremadamente críticos con instituciones clave como los partidos, los Parlamentos y los políticos. Pese a ello, el término «democracia» designa a un sistema político legítimo en muchas partes del mundo. El cómo la democracia ha adquirido este estatus merece gran atención de los historiadores. Antes de las revoluciones del siglo XVIII, el término tenía en general connotaciones negativas. Para inicios del siglo XX, importantes movimientos en todo el mundo reclamaban democracia. Muchos movimientos lo hacen también en el siglo XXI. En estos dos siglos, además, el gobierno del poder hegemónico, los Estados Unidos, ha justificado sus acciones en el mundo, incluidas sus guerras, como de apoyo a la democracia.

Palabras clave: democracia, legitimidad, protesta, regímenes autoritarios, Estados Unidos.

Abstract: Citizens of democratic states in the early twenty-first century are frequently extremely critical of such key institutions as parties, legislatures, and politicians. Nonetheless, the term «democracy» designates a legitimate political system in many parts of the world. How democracy acquired this status deserves much attention from historians. Before the late eighteenth century revolutions, the term was generally taken to be a negative one. By the early twentieth century important movements in many parts of the world were claiming this label. Many movements do so in the twenty-first. In addition, in the twentieth century, the government of the rising hegemonic power, the United States, was justify-

ing its actions in the world, including its wars, as in support of democracy, and has continued to do so in the new century.

Keywords: Democracy, legitimacy, protest, authoritarian regimes, United States.

Como previas olas transnacionales de democratización, la más reciente y geográficamente extensa de tales olas fue saludada con entusiasmo por los campeones de la democracia a medida que se extendía de un continente a otro, comenzando en los años setenta del siglo pasado y acelerándose en la siguiente década. ¿Significó 1989 que los conflictos fundamentales sobre las formas deseables de organizar las sociedades humanas estaban ahora en lo esencial resueltos en favor de la democracia, de modo que se podría afirmar que la humanidad había llegado al «fin de la historia», como se preguntó Francis Fukuyama en el título de un polémico ensayo publicado ese mismo año? El torrente continuado de acontecimientos pareció proporcionar la respuesta, de modo que cuando la versión en forma de libro apareció tres años más tarde ya no se necesitaba el signo de interrogación¹. Más o menos por la misma época, Samuel Huntington publicó su influyente estudio sobre la gran ola transnacional, señalando irónicamente que hasta fecha tan tardía como 1976 había estado dando una conferencia sobre «el declive global de la democracia» para funcionarios de inteligencia estadounidenses².

A pesar del entusiasmo general, un observador ocasional como Huntington utilizó un tono más cauteloso, recordando el carácter efímero de anteriores corrientes democratizadoras. Podríamos reflexionar sobre esta cuestión partiendo del optimismo fuera de lugar de James Bryce en su magistral estudio *Modern Democracies* de 1921. Cuando Bryce miraba al mundo posterior a la Primera Gue-

¹ Francis FUKUYAMA: «The End of History?», *The National Interest*, 16 (1989), pp. 3-18, e íd.: *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 1992.

² Samuel HUNTINGTON: *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman-Londres, University of Oklahoma Press, 1991, p. 319, n. 17. Incluso más tarde, en 1984, preguntó en el título de un ensayo, «Will More Countries Become Democratic?» («¿Se harán democráticos más países?») [*Political Science Quarterly*, 99-2 (1984), pp. 193-218], y de forma pesimista concluía que la democratización había llegado a su fin.

rra Mundial veía imperios autocráticos caídos, una continua reforma democrática y nuevos Estados en vías de democratización. Quizás, escribió, la «tendencia hacia la democracia, ahora ampliamente visible, sea una tendencia natural debido a una ley natural del progreso social»³. Sin embargo, en el transcurso de las dos décadas posteriores a la publicación del trabajo de Bryce no se produjo ese continuado auge democrático, ya que las nuevas democracias fueron derribadas por militares, monarcas y movimientos de masas y los ejércitos de Estados antidemocráticos avanzaron por sangrientos campos de batalla.

Las esperanzas entre los demócratas se vieron revitalizadas nuevamente por el aplastamiento de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, a pesar del enorme peso de la Unión Soviética. Mientras la democracia era reconstruida o implantada por primera vez en muchos lugares por los victoriosos aliados occidentales, el desmantelamiento de medio milenio de dominación colonial europea a lo largo de la siguiente generación pareció abrir enormes nuevas posibilidades para un mundo más democrático. Los analistas de posguerra debatían si sería el crecimiento económico o la expansión de la cultura occidental lo que llevaría la democracia a los países menos ricos. O quizás ambos fuesen importantes, como argumentaba Seymour Martin Lipset en una síntesis en los años cincuenta que inspiró a los investigadores durante décadas⁴. Sin embargo, estas esperanzas renovadas fueron hechas pedazos por golpes militares, movimientos revolucionarios antidemocráticos y tiranos presidenciales que disolvían los partidos de la oposición, cámaras incómodas y tribunales independientes, así como por lo duradero del modelo alternativo autoritario de la Unión Soviética, China y sus aliados. A la altura de los años sesenta, los expertos estaban ocupados estudiando con gran detalle el colapso de las democracias y no andaban escasos de casos de estudio⁵. Pero en el mismo momento en que aparecían importantes

³ James BRYCE: *Modern Democracies*, Nueva York, Macmillan, 1921, pp. 1-24.

⁴ Seymour Martín LIPSET: «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», *American Political Science Review*, 53-1 (1959), pp. 69-105.

⁵ Por ejemplo, Juan LINZ y Alfred STEPAN (eds.): *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978.

análisis sobre los fracasos de las democracias, la más vasta ola de democracia estaba dando comienzo.

El alcance geográfico de los procesos democratizadores de finales del siglo XX no tuvo precedente. Los nuevos regímenes parecían más perdurables que en el pasado. Y tras la caída de los regímenes comunistas europeos que dio comienzo en 1989, ya no existía un sistema político que se proclamase de aplicación universal. Todo ello sugería que esta nueva ola era diferente, que por fin había llegado la hora de verdad de la democracia. Un cuarto de siglo después de 1989, John Dunn comentaría: «No existe una sola palabra en toda la historia del habla humana a la que le haya sucedido más y a través de la cual haya sucedido más que la palabra *democracia*, ni siquiera la palabra *Dios*»⁶.

Para numerosos expertos, la cuestión principal que había que saber sobre la vida política de un país dado había pasado a ser si era o no democrático. Algunos asiáticos y musulmanes afirmaban poseer modelos de gobierno mejor adaptados a asiáticos y musulmanes, pero otros asiáticos y musulmanes proclamaban que lo que les convenía a ellos, también, era la democracia. En contraste, sus defensores afirmaban que la democracia debería ser el modelo para todo el mundo en todas partes y que aquellos que no vivían en Estados democráticos eran desafortunados. Desde los años setenta, repetidamente, los Estados autoritarios vieron sus gobiernos amenazados por enormes movimientos en favor de la democracia. Los Estados democráticos tenían muchísimas menos posibilidades de verse en problemas por culpa de movimientos masivos antidemocráticos. Como formuló lacónicamente John Dunn, «por primera vez en la historia de nuestra todavía notablemente multilingüe especie, existe en el presente un único nombre a escala mundial para designar la base legítima de la autoridad política». Por supuesto, Dunn reconoce que la democracia era «todavía rechazada en muchas regiones», pero no existía «una alternativa secular que aspirase a una legitimidad cosmopolita»⁷.

En 1992 Huntington especuló con la posibilidad de que esta última ola fuese desafiada por una ola antidemocrática contraria,

⁶ John DUNN: *Breaking Democracy's Spell*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2014, p. 5.

⁷ John DUNN: *Setting the People Free. The Story of Democracy*, Londres, Atlantic Books, 2005, p. 15.

al igual que había sucedido con las olas que la habían precedido⁸. Sin embargo, la atención académica estaba desplazándose desde explicar cómo fracasaban las democracias a hacerlo con cómo se ponían en marcha y hasta qué punto iban bien las cosas a continuación⁹. Algunos expertos estaban comenzando a argumentar, de hecho, que lo más novedoso no era que estuviesen naciendo más democracias, sino que su esperanza de vida estaba sobrepasando la de experiencias anteriores.

Latinoamérica, por ejemplo, tradicionalmente célebre por sus oscilaciones entre episodios de mayor y menor democracia, ahora tenía democracias que duraban más que en el pasado. Los golpes de Estado se hicieron mucho menos frecuentes. No obstante, en algunos lugares los presidentes elegidos imponían restricciones significativas a los partidos de la oposición, los movimientos sociales, la radio, la televisión y los medios escritos, respaldados por partidarios que proclamaban que los presidentes elegidos estaban en su derecho de restringir la oposición obstruccionista. Sin embargo, planteaba un desafío conceptual de mucho mayor calado ponerse de acuerdo en qué grado de restricción y a través de qué medios indicarían que la democracia había sido anulada, de lo que solía ser apreciar el fin de la democracia cuando los tanques rodaban por las calles y los presidentes elegidos eran expulsados del poder.

¿Por qué se había robustecido la democracia? Dos grandes teorías estaban configurándose, una más basada en las condiciones materiales, la otra en el cambio cultural y las decisiones tomadas por los actores. Adam Przeworski y sus colegas atribuían la incrementada durabilidad de las democracias de finales del siglo XX a los niveles crecientes de desarrollo económico. Argumentaban que los regímenes políticos en los países más prósperos poseían mayor resistencia frente a los desafíos políticos porque el pastel a repartir era mayor. Sin embargo, la investigación para Latinoamérica de Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán se encuentra con que los mayores niveles de bienestar desempeñaban un papel mucho menos

⁸ Samuel HUNTINGTON: *The Third Wave...*, pp. 290-294.

⁹ Significativamente, Juan LINZ y Alfred STEPAN dieron continuidad a su gran recopilación editada en 1978 sobre colapsos democráticos dieciocho años más tarde con su síntesis sobre *Problems of Democratic Transition and Consolidation*, Baltimore-Londres, Johns Hopkins University Press, 1996.

importante para la longevidad democrática que las intenciones y actuaciones de los actores políticos significativos. Cuando los actores políticos abrazaban la democracia y evitaban posiciones polarizadas en temas controvertidos y se veían reforzados por la democratización en otros países, era más probable que la democratización se iniciase y perviviese. Aunque ambas explicaciones diferían, ambas coincidían en que, desde el punto de vista empírico, la democracia había incrementado su supervivencia¹⁰.

Pese a ello, a inicios del siglo XXI algunos estaban experimentando dudas sobre aquello que había que explicar, la llegada generalizada e irreversible de la democracia estable. Quizás, después de todo, la democracia todavía mostraba ciertas debilidades. Algunos observadores sugerían que la gran ola democrática ya había alcanzado su punto más alto y había entrado ahora en «recesión»¹¹. Otros llamaban la atención hacia lo limitada que era la democratización en algunas zonas del mundo, como África; hacia la creación de nuevos tipos de gobierno autocrático tras la caída de los más antiguos, como en gran parte del espacio postsoviético; hacia el aplastamiento de los movimientos democráticos tal como en 1989 o Irán en 2009-2010, o el retroceso de las esperanzas democráticas alimentadas por la Primavera Árabe de 2011.

Así pues, la democracia no había avanzado en todas partes, pero lo había hecho ampliamente y de forma aparentemente duradera. Sin embargo, allí donde la democracia había sido establecida, ya fuese en la ola reciente o mucho tiempo atrás, los expertos llamaban la atención sobre las crecientes pruebas de una profunda decepción con la forma en que estaban funcionando las instituciones políticas. La atención se estaba volviendo hacia lo que se denomina la «calidad democrática». Se había hecho evidente que tanto las más jóvenes como las más veteranas de las democracias estaban decepcionando de variadas formas a gentes que se autodenomina-

¹⁰ Adam PRZEWORSKI *et al.*: *Democracy and Development. Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, y Scott MAINWARING y Aníbal PÉREZ-LIÑAN: *Democracies and Dictatorships in Latin America. Emergence, Survival and Fall*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

¹¹ Larry DIAMOND: *The Spirit of Democracy. The Struggle to Build Free Societies throughout the World*, Nueva York, Henry Holt, 2008, pp. 56-87.

ban demócratas, no solamente despertando la antipatía de aquellos para quienes «democracia» había seguido siendo, o se había vuelto de nuevo, un término negativo. Algunos señalaron el retroceso de la militancia en partidos políticos en muchos países. Otros citaban encuestas en un país democrático tras otro que mostraban el desencanto público con gobiernos, partidos, presidentes y Parlamentos por igual¹². Las investigaciones también mostraban que las democracias más recientes traían consigo decepciones. Los latinoamericanos, por ejemplo, aunque por lo general contentos de haber dejado atrás los gobiernos militares, también estaban horrorizados por el nivel de violencia por parte de bandas juveniles y narcotraficantes que se disparó en muchos países¹³.

Un experto interpreta que las pruebas muestran «la erosión del apoyo político en democracias industriales avanzadas». Otro argumento que una visión global revela que la participación electoral estaba retrocediendo a escala mundial aproximadamente desde el momento en que comenzó la ola global de democracia en los años setenta. Un grupo de expertos ha argumentado que los estudios de opinión comparados demuestran que los ciudadanos democráticos estaban haciéndose más críticos ante la autoridad establecida y más inclinados a participar en protestas sin abandonar la esperanza de mejorar la democracia¹⁴.

En cualquier caso, la mayor parte de los implicados en este debate concuerda en que, independientemente de que la práctica democrática haya sido o no (y en qué medida y con qué continuidad)

¹² Por ejemplo, una encuesta entre la población estadounidense reveló que solamente el 9 por 100 de los encuestados tenía una opinión «favorable» del Parlamento. Al pedírsele que lo comparase con una variedad de cosas desagradables, los encuestados mostraron una mejor opinión de dolorosos tratamientos dentales y atascos de tráfico, y pusieron al Parlamento al nivel de las cucarachas [<http://www.publicpolicypolling.com/main/2013/01/congress-less-popular-than-cockroaches-traffic-jams.html>] (consultado el 11 de agosto de 2015)].

¹³ Por ejemplo, Daniel NÚÑEZ: *Violence and the State in Postwar Guatemala*, tesis doctoral, University of Pittsburgh, 2015.

¹⁴ Russell J. DALTON: *Democratic Challenges, Democratic Choices: The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies*, Nueva York, Oxford University Press, 2004; Adam PRZEWORSKI: *Democracy and the Limits of Self-Government*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 56-59, y Russell J. DALTON y Christian WELZEL (eds.): *The Civic Culture Transformed. From Allegiant to Assertive Citizens*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

decepcionante para sus ciudadanos, en los albores del siglo XXI no existe un rival serio de la democracia en términos de legitimidad, en una proporción mucho mayor del mundo que en ningún momento anterior. Incluso los tiranos a menudo reclaman ser demócratas; incluso críticos radicales con frecuencia afirman estar arreglando la democracia, no terminando con ella. Esta cuestión se abrió paso en los debates públicos generales en 2011 cuando grandes masas de manifestantes desafiaron a las instituciones de países que casi todo el mundo habría llamado democracias. Cuando los jóvenes en España ocuparon las plazas en docenas de ciudades en 2011 con pancartas con el mensaje «No nos representan» o cuando unos meses después los jóvenes en Estados Unidos ocuparon espacios públicos proclamando que hablaban en nombre del «99 por 100» de ciudadanos que no estaban siendo suficientemente representados, era evidente que lo que proponían era mejorar la democracia, no acabar con ella. No obstante, una segunda y llamativa característica de dicho momento fue que los gobernantes y líderes de los partidos establecidos desafiados por esos movimientos no denunciaron las reivindicaciones de los manifestantes de «democracia real ya» en nombre de visión antidemocrática alguna, sino que, en cambio, argumentaron que la democracia ya había sido alcanzada y que los manifestantes eran insensatos o malintencionados enemigos de la práctica democrática existente.

Protestas similares originadas fuera de los principales partidos y de los movimientos sociales establecidos aparecieron también en otros lugares, incluidos Brasil, Turquía y Bulgaria. En 2015, por ejemplo, una amplia protesta de este estilo llevó a la dimisión del presidente de Guatemala. Gran parte del debate se ha centrado en los aspectos novedosos de estas protestas¹⁵. Sin embargo, tales confrontaciones dramáticas entre el poder establecido y gente que protesta, con ambas partes envolviéndose en ropajes democráticos, han sido parte integrante del conjunto de la historia de la democracia moderna¹⁶. Los numerosos debates interesantes dentro de países concretos y el evidente cuestionamiento de la calidad de la demo-

¹⁵ Por ejemplo, Ivan KRASSTEV: *Democracy Disrupted. The Politics of Global Protest*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2014.

¹⁶ John MARKOFF: «A Moving Target: Democracy», *Archives Européennes de Sociologie/European Journal of Sociology*, 52(2) (2011), pp. 239-276.

cracia existente en muchos países en un mismo momento histórico deben ser contemplados en el marco de una historia de largo recorrido de la protesta y legitimación democráticas.

John Dunn nos invita a pensar en dos rompecabezas históricos por separado¹⁷. Primero, ¿por qué un antiquísimo y normalmente no muy elogioso término, «democracia», llega a designar en términos amplios el nuevo orden político establecido en algunos lugares durante la Era de la Revolución a finales del siglo XVIII y principios del XIX? En segundo lugar, ¿cómo llegó a adquirir este término un poder tan enorme a finales del siglo XX? ¿Cómo ha podido suceder que cantidades crecientes de personas, a través de un extenso arco geográfico, cultural y de condiciones económicas, identifiquen la virtud política con tales instituciones? Un gran número de gente a principios del siglo XXI piensa que es bueno vivir en países que posean tales instituciones y que vivir bajo otro tipo de orden político significa perderse algo importante. Cuando les pregunto a mis estudiantes universitarios sobre el estado actual de la democracia estadounidense, los que son críticos tienden mucho más a ver al país como insuficientemente democrático y no como excesivamente democrático.

Por tanto hay varios enigmas separados sobre la legitimidad en la historia de la democracia. Mi exposición se articula en torno a las distinciones de Dunn.

1

¿Por qué se recuperó este término en el momento revolucionario y fue ampliamente aceptado? En fecha tan tardía como la Revolución americana nadie luchaba por algo llamado «democracia», como Robert Palmer señaló a mediados del siglo veinte. La década de 1770 era un poco pronto, pero en la siguiente década las luchas sociales en los Países Bajos comenzaron a ser descritas como «demócratas» contra «aristócratas» y este lenguaje de polarización encontró muchos imitadores¹⁸. «Demócrata» era de hecho una pala-

¹⁷ John DUNN: *Setting the People Free. The Story of Democracy*, Londres, Atlantic Books, 2005.

¹⁸ Robert R. PALMER: «Notes on the Use of the Word “Democracy”, 1789-1799», *Political Science Quarterly*, 68 (1953), pp. 203-226; Werner CONZE, Reinhard

bra nueva, necesaria en un momento en el cual alguna gente era vista como reivindicando democracia aquí y ahora, fuese lo que fuese lo que ese término hubiera significado para ellos o, de hecho, si incluso lo habrían llegado a utilizar.

Una parte importante de esta historia es cómo esta manera de enmarcar las líneas de conflicto principales migró al discurso francés junto con refugiados de estas batallas perdidas (momentáneamente) en los Países Bajos, aunque investigaciones recientes sugieren que los revolucionarios franceses hablaban de democracia menos frecuentemente de lo que luego se pensaría¹⁹. Al otro lado del océano, al mismo tiempo, aquellos que estaban escribiendo la nueva Constitución estadounidense tendían más a enorgullecerse de la novedad radical del orden político que estaban inventando que de considerarlo como una forma moderna de «democracia»; de hecho, presumieron de la superioridad de su invención política no solamente sobre otros regímenes del momento, sino sobre la democracia. La democracia era ampliamente considerada un curioso y profundamente insatisfactorio conjunto de acuerdos que había existido dos mil años antes y que habría tenido poco sentido para un Estado nacional grande y moderno, incluso de haber funcionado bien en aquel distante pasado, aunque ni siquiera había sido ese el caso. No obstante, por un periodo muy limitado de tiempo, aquellos que llegaron al poder y sus críticos estuvieron reclamando que lo que habían creado era realmente un nuevo tipo de democracia; durante la década siguiente, los americanos también se inclinaban por ver en la oposición de demócratas contra aristócratas el núcleo de las complejas luchas en las que estaba implicado la gente en muchos lugares a ambas orillas del Atlántico²⁰.

Esta historia plantea tantos interrogantes como respuestas. ¿Por qué los revolucionarios etiquetaron aquello por lo que ha-

KOSSELECK y OTTO BRUNNER: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur Politisch-Sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 4, Stuttgart, KlettVerlag, 1972-1984, pp. 821-899.

¹⁹ Ruth SCURR: «Varieties of Democracy in the French Revolution», en Joanna INNES y Mark PHILP (eds.): *Re-Imagining Democracy in the Age of Revolutions*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 57-68.

²⁰ Seth COTLAR: «Languages of Democracy in America from the Revolution to the Election of 1800», en Joanna INNES y Mark PHILP: *Re-Imagining Democracy...*, pp. 13-27.

bían luchado y a lo que estaban intentando dar forma institucional como «democracia»? Las radicales diferencias entre los casos antiguos a los que esa palabra hacía referencia y el sistema de poderes contrapuestos y representantes elegidos al que estaban dando forma los revolucionarios no sólo resultaban evidentes para, digamos, James Madison, sino un punto importante en favor del nuevo diseño. De hecho, ellos tenían otra palabra, muy utilizada, para lo que estaban proponiendo: «república», pero pese a ello «democracia» comenzó a cuajar.

2

¿Cómo se convirtió este término generalmente negativo en uno positivo en bastantes lugares durante las siguientes décadas? ¿Para quién era positivo, para quién negativo y cómo fue cambiando esto? Queda mucho por aprender todavía al respecto. Parece probable que las respuestas serán diferentes a cada lado del Atlántico. Los europeos que podrían sentirse inclinados a autodenominarse demócratas parecen haberse preguntado si, y de ser la respuesta positiva, cómo, la experiencia estadounidense podía ser aplicada a ellos. Además, para muchos europeos, las agitaciones revolucionarias y las luchas napoleónicas reforzaron una valoración negativa de la «democracia». Algunos historiadores han comenzado a explorar este terreno, en el cual todavía queda mucho por descubrir sobre cómo la democracia fue, como expresan Joanna Innes y Mark Philp, «re-imaginada»²¹, según van rastreando los significados cambiantes de «democracia» y las instituciones políticas en los Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña e Irlanda entre la explosión revolucionaria y mediados del siglo XIX. Por tanto, un componente necesario para una comprensión plena de cómo la democracia se convirtió en un término tan poderoso para legitimar y también deslegitimar ideas e instituciones políticas, hay que buscarlo en el siglo XIX en las respuestas asustadas, angustiadas, confusas y entusiasmadas a la Era de la Revolución. Necesitamos saber más sobre cómo

²¹ Joanna INNES y Mark PHILP: *Re-imagining Democracy...* Esta colección es el primer paso de un proyecto más amplio que incluirá la Europa mediterránea y nórdica.

movimientos y actores políticos en situaciones variadas en diferentes partes del mundo pensaban en la democracia. En particular necesitamos saber mucho más de lo que sabemos ahora sobre cómo estas nuevas instituciones eran entendidas a medida que nos alejamos del mundo atlántico.

3

Pero para entender la legitimidad democrática hoy en día, necesitamos afrontar una cuestión adicional: ¿por qué luchas titánicas con balances de millones de muertes en el siglo XX fueron en gran medida entendidas como luchas a favor y en contra de la democracia? Lea cualquier estudio detallado de los orígenes de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, y se encontrará con disputas sobre cómo calcular la importancia relativa de la rivalidad imperial por las colonias; la lógica autosostenida de una carrera armamentística en espiral; disputas territoriales dentro de Europa; movimientos nacionalistas que desafiaban la estabilidad de los imperios; la cultura militarista, beligerante y machista de las clases dirigentes y, por último, la estupidez de la elite dirigente de un país u otro, entre otras cosas²². No es muy probable que usted encuentre muchas referencias a la noción de que la democracia se encuentra en un conflicto intrínseco con el autoritarismo. Pero cuando el presidente estadounidense Woodrow Wilson pidió a las Cámaras la declaración de guerra, atribuyó la «agresión» alemana a su carencia de democracia y definió como el objetivo de la guerra asegurar la supervivencia de la democracia²³. ¿Cómo se acabó por definir de ese modo esta catástrofe humana, cuyos orígenes no parecen tener nada que ver con la democracia?

Podemos planteárnoslo como una historia global o como una historia estadounidense. La historia global mostraría que en muchos países democráticos, desde el siglo XIX tardío y adelante, se habían registrado importantes movimientos reformistas que busca-

²² Por ejemplo, Christopher CLARK: *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Nueva York, Harper Collins, 2014.

²³ «Making the World “Safe for Democracy”»: Woodrow Wilson Asks for War», <http://historymatters.gmu/d/4943>.

ban mejorar la práctica democrática de una u otra forma: el sufragio para las mujeres en Nueva Zelanda, el voto secreto efectivo en Francia, la elección directa de los senadores en los Estados Unidos, el voto obligatorio en Argentina, la reducción del poder de la Cámara de los Lores en Gran Bretaña... Al mismo tiempo había movimientos revolucionarios con aspiraciones democráticas en otros lugares: Rusia, Persia, el Imperio Otomano, México, Portugal. Charles Kurzman ha argumentado que, entre personas con educación universitaria en lugares alejados entre sí hacia principios del siglo XX, la democracia en una forma u otra parecía la ola del futuro nacional y que estos revolucionarios parecían concebirse a sí mismos como involucrados en una lucha transnacional común²⁴. En los primeros años del siglo XX era habitual ver los sistemas políticos del mundo como encuadrables en dos grandes tipos: «democracia» y «autocracia», y esto puede ayudarnos a entender por qué los movimientos revolucionarios dentro de Estados autocráticos proclamaban una identidad democrática. Todavía puede ayudarnos más a entender por qué tantos Estados formados tras la guerra a partir de los fragmentos de las potencias desaparecidas adoptaron Constituciones democráticas al tiempo que las democracias emergían de la guerra con sus sistemas políticos intactos²⁵. Sin embargo, esto no puede constituir una respuesta completa porque la aceptación de la «democracia» como un sinónimo de todo lo que era deseable en un orden político estaba lejos de ser universal antes, durante o después de la guerra.

Necesitamos una comprensión más satisfactoria de la segunda cuestión, la transformación de la democracia en un término positivo, para ser capaces de entender cómo por un breve espacio de tiempo, una vez callaron los cañones, la democracia pareció imponerse abrumadoramente. Pero sólo por un tiempo. Los antidemócratas contraatacaron y las nuevas democracias fueron derribadas

²⁴ Charles KURZMAN: *Democracy Denied, 1905-1915. Intellectuals and the Fate of Democracy*, Cambridge, Harvard University Press, 2008.

²⁵ En la década de los años diez, los periódicos en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia estaban escribiendo sobre la «democracia» con mucha mayor frecuencia que antes, lo que sugiere un debate creciente tanto en Estados democráticos como autocráticos; Ithiel DE SOLA POOL: *Symbols of Democracy*, Stanford, Stanford University Press, 1952, p. 67.

una tras otra. A la altura de mediados de los años veinte, en muchos lugares la democracia parecía pertenecer al pasado, no al futuro. En un comentario emblemático, un teórico político brasileño en los años veinte afirmó que la democracia pertenecía al «museo de antigüedades políticas»²⁶. Ni tampoco los principales poderes democráticos estaban preparados para cooperar en la defensa de otras democracias amenazadas, no desde luego en España en 1936 ni en Checoslovaquia en 1938 y 1939.

Esto nos lleva a la historia estadounidense. Para 1940, el presidente de los Estados Unidos defendía su papel en el suministro a Gran Bretaña como de «arsenal de la democracia»²⁷. La guerra terminó con la derrota total de las potencias fascistas y sus aliados, y dos sistemas políticos radicalmente distintos representados por Estados Unidos y la Unión Soviética pudieron enseguida parecer modelos atractivos justo en el momento en el cual el imperio europeo en lo que ahora solemos denominar como el «sur global» estaba llegando a su fin. Cómo diseñar el orden político postcolonial estaba muy arriba en la agenda de intelectuales, activistas políticos, nacionalistas, revolucionarios, abogados y muchos otros en muchas zonas del mundo. Las potencias rivales y sus aliados inyectaron fondos, propaganda y fuerza militar, presentándose como líderes de campos opuestos ideológicamente definidos. La pretensión de estar haciendo avanzar la democracia por la fuerza siguió siendo expresada por los Estados Unidos durante las décadas posteriores, por muy inverosímil que pudiese parecer en otros países, incluido durante su guerra perdida en Vietnam y su desastrosa ocupación de Irak.

Por tanto, tenemos una convergencia de dos historias en el siglo xx: el desarrollo en lugares separados de movimientos de lucha contra autocracias y la percepción de comunidad entre los participantes en ellos, y las pretensiones de superioridad moral del poder hegemónico en auge durante el siglo xx, los Estados Unidos²⁸. En

²⁶ Jarbas MEDEIROS: «Introdução ao Estudo do Pensamento Político Autoritário Brasileiro, 1914-1945. 1. Francisco Campos», *Revista da Ciência Política*, 17-1 (1974), pp. 31-87, esp. p. 73.

²⁷ <http://www.americanrhetoric.com/speeches/fdrarsenalofdemocracy.html>.

²⁸ Un tratamiento completo exploraría una tercera historia interrelacionada, la del discurso de las agencias internacionales establecidas tras ambas guerras mundiales y los marcos de la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas.

términos más amplios, necesitamos entender la interconexión del discurso de los participantes en las luchas locales y nacionales con los argumentos justificativos de los contendientes por la dominación transnacional y en ocasiones global. El alcance global en la actualidad de la retórica democrática algo debe a las luchas locales y nacionales, pero también es deudor de los modos con los que la potencia hegemónica en nuestros días justifica sus acciones.

En el futuro inmediato, podemos prever movimientos de protesta con el objetivo de reemplazar regímenes autoritarios por democracias. Podemos también prever grandes movimientos de protesta en oposición a las prácticas efectivas de los Estados democráticos, con los que están en el poder y quienes les desafían invocando la democracia como propia. Éste ha sido un patrón recurrente a lo largo de más de dos siglos de democracia moderna, pero en la pasada generación las condiciones que alimentan tales confrontaciones estaban mucho más dispersas geográficamente (pero quizás mucho más conectadas) que nunca antes. Los historiadores futuros tendrán que esforzarse para explicar por qué 2011 fue un momento global en el que tanta gente en Túnez y Egipto derribó a tiranos y tanta gente en España y los Estados Unidos estaba desafiando a las instituciones democráticas ya existentes.

En ese punto se encuentra la legitimidad democrática hoy en día. No podemos evitar especular sobre el mañana. Podemos preguntarnos si alguna novedosa visión antidemocrática aparecerá en el escenario internacional. Algunos creen ver este potencial en una combinación de una Rusia antiliberal intentando restaurar su perdido rol imperial y una China antiliberal extendiendo dinámicamente su influencia económica. Podemos especular también sobre si la insatisfacción con la realidad de la democracia generará movimientos antidemocráticos que puedan eclipsar a los movimientos que buscan mejorar la democracia. Hay quien aprecia potencial para ello en los desafíos a los que se enfrenta la democracia en un mundo interconectado con vastas diferencias en riqueza y poder. Y a menos que estemos convencidos de que «democracia» en el siglo XXI ha por fin alcanzado un significado definitivo podemos especular también sobre las direcciones hacia las cuales los manifestantes democráticos del mañana impulsarán a las instituciones democráticas creadas ayer.